



Un joven sacerdote montfortiano de Indonesia en Portugal

LISBONNE, Portugal - El Padre Saferinus NJO, SMM, es el primer cohermano indonesio enviado en misión a la Delegación Montfortiana en Portugal. En esta entrevista, ofrece un primer balance de su experiencia.

Padre Saferinus, después de un año de tu llegada a Portugal, ¿cómo va tu integración en la Delegación portuguesa?

Queridos hermanos: ante todo, os deseo a todos una feliz Pascua. Que la luz, el amor y la alegría de Cristo resucitado iluminen nuestros pasos y nuestro trabajo apostólico. Llevo en Portugal un año y cuatro meses. Llegué aquí el 14 de enero de 2022. Comencé un período de aprendizaje de la lengua y de adaptación a la comunidad de los Montfortianos, en Fátima. Reconozco que esta misión es una oportunidad preciosa que Dios me ha dado y confiado. Es siempre una gracia y un honor para mí poder aceptar una misión y colaborar en ella con mis hermanos. Esta misión me obliga a experimentar la vida y el trabajo con responsabilidad para aprender, crecer y alcanzar la plenitud. La misión me desafía a estar siempre disponible y con espíritu de humildad para aprender mucho y también acoger la gracia y el plan de Dios en mi vida.

Esta experiencia misionera es una oportunidad y un campo de formación continua que me pide una respuesta activa, concreta y responsable. Gracias a Dios, ya he vivido muchas cosas grandes y hermosas en esta misión. He crecido y evolucionado, como persona, como religioso y sacerdote. Reconozco que lo que se me pide es ante todo la Humanidad y la apertura a la divina Providencia. La misión me obliga a estar siempre disponible para dejarme formar y

crecer en la formación permanente. Sin embargo, depende de mi respuesta responsable a mi «sí», repetido cada día. En una de sus cartas, el antiguo general, el padre William Considine, escribe: «Seguir a Cristo es ante todo querer ser Cristo, dejarse moldear a su semejanza. Este es el objetivo de toda vida religiosa».

Desde el comienzo de su formación, los religiosos y los sacerdotes Montfortianos deben ser formados como «nubes blancas» que vagan libremente por los cielos, volando por doquier donde el soplo del Espíritu Santo los impulsa [PE 9]. La misión es el elemento vital de la vocación montfortiana, por eso Montfort quiso que fuéramos «misioneros». (Const. 8). El espíritu misionero de Montfort es lo que debe inspirar a los religiosos fundados por él, y siempre, como nubes, dispuestos a superar las fronteras y las barreras. Estarán dispersos, trabajando en varias partes del mundo. La historia de su itinerancia y los lugares de fundación de las misiones confirman la verdad de que los hijos de Montfort son peregrinos sin fronteras y sin miedo. Están siempre en movimiento, dejándose guiar por la voluntad del Espíritu Santo, convirtiéndose en «liberos» para cumplir el sueño del Espíritu Santo. Esta historia y esta toma de conciencia me ayudan a dar mi respuesta con mi «sí» consciente e iluminado para servir bien a la misión. Cada misión exige una gran responsabilidad. Requiere valor, humildad y disponibilidad. Por supuesto, al principio había muchas dudas y miedos que me asaltaban. Era normal que fuera así. Pero como he salido en misión, lo considero un gran don de Dios para mi vida, del que quiero disfrutar plenamente. No es una iniciativa personal. Yo no tomé la decisión. Por tanto, creo también que Dios me ayudará en este camino y en esta misión. Todo misionero nunca fallará si se confía a la Providencia divina, al soplo y a la voluntad del Espíritu Santo. Esta confianza inspiró a nuestro fundador. Vivió en este espíritu toda su vida. Montfort nos invita a vivir en el mismo espíritu, recordando aquí su consejo: «Si no arriesgamos algo por Dios, tampoco haremos grandes cosas por él. (Carta 27). Por tanto, también para mí el riesgo que debo asumir es el de tener el valor de salir de mi zona de confort para abrazar el proyecto que Dios tiene sobre mí, en esta misión en la que me encuentro ahora.

La Ratio II subraya que «una vocación nace siempre de un encuentro amoroso con Jesús y con el pueblo de Dios. Por lo tanto, los religiosos y los sacerdotes Montfortianos estarán siempre en compañía de Jesús y de su pueblo. Estar en misión es eso. Se desafía a los religiosos y a los sacerdotes Montfortianos a estar abiertos a aprender mucho para servir mejor a la misión. La misión es una oportunidad para aprender nuevas dinámicas, nuevos idiomas y diferentes culturas. Por supuesto, es difícil. Pero creo que Dios me da suficiente fuerza y capacidad para superar los desafíos y dificultades que surgen. Cada comunidad montfortiana, dondequiera que esté, será siempre mi casa y mi comunidad, y los hermanos que encuentro son mis hermanos. Desde el primer día que llegué aquí, nunca me sentí solo. Siempre me sentí como en casa. Gracias a Dios, los hermanos y las numerosas personas que he encontrado han acogido siempre mi presencia en un ambiente familiar y fraterno. Me ayudan en muchas cosas en este período de aprendizaje. De ellos recibo todo el apoyo y el amor fraterno. Siempre me siento en casa con el mismo amor y calidez fraternal. Era lo mismo cuando estaba con la familia, y lo mismo cuando estaba en comunidad con mis colegas en Indonesia. El entusiasmo y el deseo ardiente que tengo de vivir y trabajar con mis hermanos en Portugal, creo que alimentan también ese mismo deseo. En efecto, desde el inicio de mi comunicación con el P. Amílcar, superior en Portugal, sentí una gran simpatía y deseo de colaborar con los hermanos de Portugal. Todo esto ha sido muy importante y útil para mí durante este período y al comienzo de mi integración.

¿Cuáles son los descubrimientos positivos y las alegrías de este primer año?

Durante los nueve primeros meses estuve en la comunidad de Fátima para aprender la lengua y la cultura, para conocerme e integrarme en la dinámica de la vida comunitaria y en el trabajo de los sacerdotes Montfortains en sus parroquias. Gracias por ser bien aceptado y plenamente apoyado en todos los sentidos. Puedo decir que los primeros meses de mi estancia en esta comunidad en Fátima fueron un buen momento de aprendizaje y adaptación. Una oportunidad graciosa que me permitió vivir en un nuevo lugar y comenzar un período de adaptación en un idioma y una cultura completamente nuevo y diferente. Por supuesto, no era una tarea fácil. Pero en este proceso, no sentía que estaba luchando solo. La presencia y el apoyo de los hermanos y del pueblo de Dios en este proceso de adaptación me han ayudado a entrar y a integrarse, poco a poco, en la dinámica de la misión. Siempre recibo ayuda y apoyo de los colegas todos los días. Esto me ha ayudado y apoyado mucho en este proceso de adaptación. He aprendido y absorbido muchas cosas en el proceso de encuentro con los hermanos de la comunidad y con las numerosas personas que he encontrado diariamente durante mi camino. Encontré muchas cosas que me ayudaron a crecer y a desarrollarme. La comunidad es una escuela privilegiada y un laboratorio de humanización, libertad, obediencia, pero también de humildad (cf. Ratio I, 194). En la comunidad me siento siempre en un ambiente de buena aceptación, fraternidad y unidad, comprensión y colaboración. He aprendido los requisitos que se requieren en el trabajo y las misiones. He intentado y aprendido a vivir con sencillez y sinceridad, con ternura y lealtad, y con transparencia en el modo de vida de los hermanos.

Desde el principio, los hermanos se esforzaron por ayudarme a integrarme bien en la dinámica de vida y de trabajo. Me obligaron a no tener miedo de empezar a hacer algo. Ya era muy importante en este proceso de adaptación. Me di cuenta de que todos los momentos que tengo en este período de adaptación son herramientas que me ayudan. Estas oportunidades llegaron como un buen terreno de aprendizaje para mejorar. Las experiencias de la vida comunitaria, así como mis contactos con otras personas de la parroquia, se han convertido para mí en una buena escuela para aprender a diario. En comunidad, ya realizo algunos oficios y lo mismo fuera, en nuestras iglesias. Por ejemplo, durante la semana, en Fátima, ya tenía turnos fijos para ir a celebrar misas en otras comunidades y residencias de ancianos. También el domingo he acompañado varias veces al padre Amílcar, concelebrando con él en nuestras parroquias. Fue una oportunidad y una gracia para mí en mi inculturación. También tuve la alegría de prestar algunos servicios al santuario de Fátima. Fue también una oportunidad, llena de gracia para mí, de aprender a escuchar mejor a la gente y así desarrollar mi aprendizaje de la lengua portuguesa. Esta experiencia en el confesionario reforzó, en mi conciencia, la gran nobleza de la importancia de este sacramento, tanto para mí como para todos aquellos para quienes ejercía este servicio sacerdotal.

¿Cuáles son las dificultades de esta integración y cómo las afrontas?

El período de adaptación y aprendizaje es un momento ante todo para conocer el campo de la obra misionera, pero también para integrarse, poco a poco, en esta misma obra. Naturalmente, este período es el más difícil. Querer hacer, pero todavía no hay posibilidad de actuar debido a la lengua. Pero los desafíos y las dificultades forman y ayudan al misionero a crecer y desarrollarse. Las dificultades y los desafíos impulsan al misionero a dar pasos adelante, con humildad y apertura a la obra del Espíritu Santo. También me di cuenta de que la misión exige y me desafía continuamente a permanecer humilde y abierto a la comprensión de la dinámica, el medio ambiente y la cultura de las personas. Sin esta actitud humilde, no es posible vivir y servir la misión. Digamos, pues, que los desafíos y las dificultades ya forman parte de la misión. Los dos principales obstáculos y desafíos de cualquier misión «ad extra» (en el extranjero) son la lengua y la cultura. Los religiosos y sacerdotes monfortianos desarrollan también su

capacidad para responder a los desafíos de la inculturación, viviendo una fe profunda en el nuevo contexto de acción. Estarán atentos a los cambios en curso y al estudio de las culturas y los idiomas en los nuevos entornos de su misión [Ratio II, 120]. Hoy siento que ha sido una gracia para mí haber sido enviado a trabajar en esta misión de la delegación portuguesa, a pesar de haber sido obligado a aprender una nueva lengua y con una cultura completamente diferente de mi Indonesia. Nunca habría podido prever esto cuando estaba en formación, aunque me di cuenta y pensé que los misioneros monfortianos estaban formados y educados para estar disponibles y abiertos a todo tipo de misión. Cuando todavía estaba en Indonesia, y después de haber sido nombrado para la misión en Portugal, recibí los primeros conocimientos de la lengua portuguesa por el padre Wim Peeters. Fue el primero en darme y enseñarme nociones básicas sobre la lengua portuguesa. Esta iniciación, también en Indonesia, me ayudó mucho en mis comienzos en Portugal. Sin embargo, el proceso de adaptación se producía día a día. Llegué a conocer, poco a poco, la complejidad de la lengua portuguesa. Hay muchas cosas nuevas que aprender, ya sean palabras o expresiones. Pero me convencí de que las dificultades no pueden ser un obstáculo. Quizás el obstáculo está más dentro de mí que fuera. Las dificultades que he encontrado también me han obligado a no permanecer inmóvil. Por lo tanto, con humildad y paciencia, tengo confianza y creo que con el tiempo todo irá mejor.

En el campo de la cultura, o de la inculturación, también he encontrado diferentes formas de pensar, desde la alimentación hasta el clima, pasando por el modo de vida. Pero considero normal que surjan desafíos y dificultades en el inicio de una nueva vida y con personas diferentes en la cultura y con sus diferentes hábitos. Poco a poco, llegué a conocer y comprender. Me siento desafiado a salir de mi zona de confort, a ser abierto y transparente, a conocer y aprender nuevas culturas. Cuando estaba en formación en mi país, solo tenía la experiencia de vivir con gente de mi cultura. Pero ahora considero una gracia poder conocer, aprender y vivir en un entorno multicultural. Por lo tanto, siempre trato de estar abierto al aprendizaje y al crecimiento a través de nuevas experiencias, nuevos contactos que aumentan la unidad. Trato de vivir cada momento con entusiasmo y alegría.

Eres miembro de la comunidad parroquial de Lisboa desde hace unos meses. ¿Cómo describirías tu primera misión oficial en Lisboa?

Después de nueve (9) meses de vida y de prestación de servicios en la comunidad de Fátima, el 2 de octubre de 2022 recibí la obediencia para la primera misión oficial de la Delegación portuguesa, después de haber sido nombrado vicario en la parroquia de Póvoa de Santo Adrião, en Lisboa. Agradezco la confianza de la delegación al confiarme esta misión. Es una ocasión preciosa para poder vivir y ejercer mi sacerdocio en compañía de otros hermanos de la comunidad, al servicio de los fieles de esta parroquia. Esta comunidad es pequeña. Somos cuatro en la comunidad, a saber: el padre Carlos Fernandes, párroco, el padre Miguel Quissola, superior y vicario parroquial, el padre Saferinus y monseñor Rui Valério, obispo de las fuerzas armadas y de la seguridad nacional. Para mí, fue mi primera misión como sacerdote trabajando en una parroquia. Por lo tanto, me siento feliz y emocionado de poder trabajar con mis hermanos y parroquianos de nuestra parroquia de Póvoa de Santo Adrião y Olival Basto. Es una oportunidad y un desafío poder vivir en una comunidad tan pequeña, pero con una buena dinámica en la parroquia. He encontrado, y sigo viviendo aquí, alegrías y gozos, pero también nuevos desafíos y dificultades.

Esta primera misión me invita a aprender cosas nuevas. Estoy con mis hermanos y parroquianos para caminar juntos. Soy todavía joven, por tanto, tengo todavía mucho idealismo que, como es normal, necesita todavía experiencias para madurar mis ideales y captar nuevas formas de

actuar en el apostolado. Veo que todavía me falta mucha experiencia para trabajar en la parroquia. Por eso mi nuevo destino en el extranjero es una gracia y una oportunidad para aprender, crecer y desarrollarme. Es una buena oportunidad para aprender nuevas formas de trabajar en el ministerio. Gracias a Dios, los hermanos con los que colaboro me llevan poco a poco a una situación real de la vida y de la dinámica de la parroquia. Mis colegas me han dado mucho espacio y oportunidades para aprender. Y siempre debo estar disponible y abierto al aprendizaje y a la colaboración de todas las maneras posibles. Por esta razón, acompaño ya a algunos grupos de la parroquia, como los sirvientes de altar, los visitantes de los enfermos y la Legión de María. Considero esta oportunidad de caminar con ellos como una gracia. Ocasionalmente, y en la medida de las disponibilidades, también colaboro con los servicios del Santuario de Fátima.

¿Qué aconsejarías a un joven hermano, todavía en formación, pero que se prepara para venir algún día a trabajar en este país o en cualquier otro país de Europa?

Sinceramente, no me atrevo a dar recomendaciones específicas. Creo que cada uno tiene su propia manera única. Cada lugar es diferente y con diferentes hábitos y necesidades. Cuando era pequeño, para mí la palabra misionera estaba estrechamente ligada a los religiosos y a los sacerdotes que venían de Europa para trabajar en Asia, o más bien en mi Indonesia. Han dejado su país, su patria, su familia para ir a proclamar y difundir el evangelio por todo el mundo. No sólo han conseguido sembrar la fe cristiana, sino que han inspirado numerosas vocaciones religiosas y sacerdotales en sus países de misión. Todo esto es don y gracia de Dios. Y hoy ya hay muchos religiosos y sacerdotes de Asia que son enviados a estos mismos países, de donde vinieron los primeros evangelizadores de Asia. La palabra del evangelio da fruto en todas partes. Toda actividad misionera requiere una gran preparación y responsabilidad. Hay muchos desafíos y dificultades. Pero, contemplando la experiencia de los misioneros europeos, pudieron superar obstáculos, desafíos y nuevas dificultades en su trabajo misionero. Estaban bien preparados para la misión que se les había confiado. Se adaptaron a la dinámica y a las experiencias de la gente. El celo, la preparación, la apertura y la humildad formaban parte del éxito de su trabajo. La misión es un campo de aprendizaje. Digamos, pues, que la misión es la formación continua.

Este acento forma parte de la formación y de la misión de los montfortianos. Estamos invitados a permanecer abiertos para aprender. La formación nunca terminará cuando el religioso y el sacerdote hayan pronunciado ya sus votos perpetuos. Desde entonces, la misión sitúa al religioso y al sacerdote en un nuevo proceso de formación continua. Conocer la dinámica, el medio ambiente, la cultura y las diferentes cosas relacionadas con la misión, por supuesto, nunca es fácil. Hay desafíos y dificultades. Cada lugar y cada momento tiene sus propias dificultades y desafíos. Lo que marca la diferencia es la respuesta de una persona a diversos desafíos y dificultades.

Siempre he creído que el religioso y sacerdote montfortiano se inspiraba en el celo de su fundador san Luis de Montfort, sobre todo en su abandono a la divina Providencia. En este ejemplo de nuestro Fundador, cada religioso y sacerdote montfortiano es desafiado a no tener miedo de afrontar nuevos desafíos y dificultades. Debéis tener siempre el valor, la disponibilidad y la voluntad de aprender y crecer en un espíritu de misión.

Europa es un continente de gran diversidad cultural e histórica. Hay muchas cosas diferentes que se ofrecen como oportunidades y desafíos y dificultades. Hay una enorme demanda de misioneros que se van adaptando. Pero en Europa hay también una gran apertura, calidez y

fraternidad por parte de los hermanos y del pueblo de Dios, en la acogida de los misioneros que vienen aquí en misión. Algo muy importante para este proyecto misionero es la necesidad de una formación abierta al aprendizaje de nuevas lenguas. Aprender la lengua y la cultura del país, aunque no sea fácil, será fundamental para el fruto de la misión. Por supuesto, esto no es fácil. Se trata de perseverancia y humildad.

Las próximas Jornadas Mundiales de la Juventud tendrán lugar en Portugal. ¿Qué nuevas oportunidades pueden presentarse para nosotros, montfortianos?

Como sabemos, del 1 al 6 de agosto de este año 2023, Portugal acogerá a miles de jóvenes de todo el mundo en la gran cita de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ). Es un encuentro y una peregrinación para los jóvenes de todo el mundo. Todos vienen con gran deseo y sed de encontrar a Cristo, presente en la figura del Papa, pero también en la multitud de jóvenes aquí presentes. Es una ocasión de gracia poder encontrarse en presencia del Papa Francisco. Es también una fiesta de la juventud que nos da un signo positivo de los valores de fe que llevan estos jóvenes de todos los continentes. Los jóvenes representan pasión, fuerza y confianza. Son una parte importante de la misión de la Iglesia de testimoniar la fe, la esperanza y el amor en la construcción de un mundo mejor. La JMJ debería ser una celebración de este compartir la fe cristiana, la esperanza y el amor. Jóvenes de todo el mundo quieren compartir esta alegría de vivir la misma fe en Jesucristo. Estas Jornadas Mundiales de la Juventud han demostrado ser un laboratorio de fe, un lugar de emergencia de vocaciones tanto para el matrimonio como para la vida consagrada y sacerdotal. Es un instrumento de evangelización y de transformación de la Iglesia. Por tanto, es también un momento muy adecuado y propicio para disfrutar y compartir la belleza, la sabiduría y la riqueza de la vocación a la vida consagrada. Todos estamos invitados a participar y a caminar, cada uno según nuestras posibilidades, en esta peregrinación. Por tanto, como miembros ya consagrados, nuestra presencia, física o espiritual, es muy importante para dar a todos el testimonio de nuestra alegría, que ya es fruto de la belleza, de la sabiduría y de la riqueza de la vida consagrada.

También para nuestra familia montfortiana, ya que algunos de sus miembros pueden estar presentes, es una ocasión de oro para compartir y difundir la espiritualidad de nuestro fundador entre los jóvenes presentes. En los encuentros de catequesis o en otros momentos de oración y reflexión podremos ofrecer a los jóvenes nuestro testimonio personal y otros recursos que puedan ayudarles a crecer en la fe y en la espiritualidad. Será también una buena ocasión para promover los escritos de Montfort. Tenemos casitas que pueden ayudar en este tipo de difusión de libros sobre nuestra espiritualidad, o a través de conversaciones sobre nuestra vocación. Nosotros, los habitantes de Portugal, tenemos la obligación, en la medida de lo posible, de alentar, apoyar y facilitar, especialmente a los jóvenes de nuestras comunidades parroquiales, para que participen activamente en las jornadas. Es importante construir este ambiente, a partir de las parroquias respectivas, para que los jóvenes puedan, ya durante la preparación, disfrutar de algunos de los frutos previsibles de esta Jornada Mundial de la Juventud en este año 2023, en Lisboa. Que todo alabe al Señor y sea una bendición para toda la Iglesia.

P. Saferinus NJO, SMM